JORGE MILLAS

Discurso en el teatro "Caupolicán"*

[1980]

Conciudadanos: Con fe, con orgullo, con esperanza, pronuncio esta palabra –conciudadanos– para dirigirme a ustedes. El gobierno permite que se la use aquí, en este recinto cerrado, donde puedan escucharla, para inspirarse en ella, sólo algunos chilenos. Pero no autoriza que, empleada por nosotros, haciendo valer todo su significado, resuene sin limitaciones en otros ámbitos del país. A la mayoría de nuestros compatriotas se les reserva el deprimente privilegio de exponer su corazón y su inteligencia únicamente a la voz oficial que acalla la reflexión, que atemoriza, que encubre y hostiliza y que al mismo tiempo, disimula todo eso.

Que sea así, pues, ya que, poniendo la fuerza en lugar de la razón, nos privan de contacto efectivo con el resto de la ciudadanía.

NOS DIRIGIMOS ESPIRITUALMENTE A TODOS LOS CHILENOS

Sin embargo, nosotros nos dirigimos espiritualmente a todos los chilenos, desde este lugar en donde, por primera vez en los últimos años, tiene lugar una verdadera experiencia ciudadana. Y porque es una experiencia ciudadana, esto es de hombres libres que quieren llevar la libertad más allá de estos ámbitos, cuando decimos todos los chilenos, nos referimos realmente a todos. Incluidos aun a aquellos que estiman necesario hacer a este país una semi-república de ciudadanos a medias; aun a quienes piensan, como se ha dicho en estos días que la democracia no es el gobierno del pueblo

* *El Mercurio de Santiago*, 30 de agosto de 1980, Cuerpo C, p. 5.

para el pueblo; aun a quienes creen que Chile, después de ciento cincuenta años de régimen constitucional, no está preparado para la deliberación ciudadana; aun, en fin, a quienes consideran que la Junta de Gobierno habría podido darnos graciosamente una Constitución sin consultar a la ciudadanía y que ésta debiera conformarse, reverente, con la magnificencia de aquélla al invitarnos a este plebiscito, aunque se dé en medio de las más adversas circunstancias a la plena información, al libre debate y al espontáneo sentir del pueblo convocado.

A ellos, especialmente, los invitamos a la reflexión sin prejuicios. No a la reflexión que, con complicadas sutilezas técnico jurídicas sigue a las pasiones, para justificarlas y darles viso de racionalidad; no a la reflexión que sólo se propone servir de puntal al poder ansioso de mantenerse, como si el poder de alguien o de algunos pudiera ser la finalidad de una República.

Invitamos, en cambio, a la reflexión sencilla del sentido común; a esa que parte de los hechos de público conocimiento; a la reflexión que deja de lado las pasiones y los intereses particulares que las desencadenan; a la reflexión que busca tanto la verdad como los valores de más alto nivel, para que de allí, del poder de la verdad y los valores, surja la única respetabilidad que puede reclamar el poder. Porque el poder, el que es capaz de organizar una República y tiene el derecho de exigir obediencia, no es sólo el hecho del mando y su mecánica consecuencia de acatamiento. Esto último puede conseguirlo la pura opresión, a la que se acata, pero no se obedece moralmente. La opresión inhibe, pero no expande la vida. Bajo las apariencias de un orden que es pasividad y silencio, deja oculto el desorden de la verdad atropellada, de los derechos conculcados, de los espíritus amedrentados o sugestionados, y de la falta de verdadera alegría y esperanza cívicas.

Sólo en el orden verdadero, que viene desde dentro de la vida nacional, de la convicción y decisión de sus ciudadanos libres que participan en su establecimiento, conducción y corrección, puede surgir la auténtica autoridad en una comunidad política.

UNA DEMOCRACIA CON AUTORIDAD

La experiencia y la imaginación humanas, probadas a través de la Historia, no han podido inventar otra cosa mejor que la democracia para conseguir aquel orden auténtico y esa autoridad que lo

ISSN 0718-9524

hace posible. Sus defectos se corrigen en virtud de su propio dinamismo, porque su esencia está en el anti-dogmatismo, el anti-mesianismo, el anti-personalismo. La democracia puede mejorar siempre, porque se identifica, como las técnicas y las ciencias junto a las cuales se ha desarrollado paralelamente, con el libre examen y la búsqueda de lo razonable. Mejorarla así es difícil, pero es lo que pone verdaderamente a prueba la capacidad de una nación y lo único por lo cual vale la pena jugarse en estas cosas por entero. No hay gracia alguna en proteger la democracia desnaturalizándola. El desafío es salvarla mediante la democracia misma, es decir, mediante las instituciones, realmente democráticas. En su autenticidad está su verdadera autoridad. Eso es lo que Chile necesita en esta hora de prueba: una democracia con autoridad, no un Presidente autoritario. Necesita un pueblo obediente a las leyes generadas por él mismo, no un pueblo sumiso ante la soberbia de la inspiración y el mando personales. El autoritarismo convierte la autoridad en un ismo, es decir, en una infecunda manía: suena a fetichismo, a purismo, a preciosismo. También éstas son deformaciones barrocas de valores originariamente positivos, cuyo sentido espiritual ha sido reemplazado por lo accidental y externo.

La historia de nuestra nación de resume en la marcha continua y evolutiva hacia el ideal de la vida democrática. A través de más de ciento cincuenta años aprendimos, no sin tribulaciones ni sobresaltos, a escucharnos y a ejercer el derecho a ser escuchados. Nos acostumbramos a la altivez del ciudadano que obedece con la dignidad de quien ve su propia voluntad de convivencia reflejada en el espíritu y el orden político. Aprendimos a ver en el Presidente de la República un primero entre iguales, a respetarlo sin temor, a considerarlo como un mandatario, esto es, encargado por nosotros de un cometido nuestro, no como un oráculo. Nos familiarizamos con la aspereza de los debates, con la intransigencia de los planteamientos doctrinarios, hasta con el vocerío a veces inquietante de la multitud. Pero siempre confiamos en la fuerza del orden interior de los espíritus y en la profundidad histórica de las instituciones, que triunfaban siempre. No sin razón podíamos enorgullecernos del buen sentido nacional. Dudábamos de muchas cosas, pero no de nuestro derecho a la duda. Vacilábamos a veces sobre el camino a seguir, pero nos animaba la fe de poder encontrarlo, como en el pasado, mediante el esfuerzo común de todos. Discutíamos, pero sin odio y sin temor. No temíamos a los abusos del poder, porque los abusos eran públicos, y públicamente se juzgaban por una prensa libre. Cuando llegaba el momento del gran rito democrático de designar mediante nuestros votos

ISSN 0718-9524

al ciudadano a quien se confiaba el mando supremo, pero no soberano, de la nación, juzgábamos, discutíamos, comparábamos a distintas personas y hacíamos que nuestro sentir y nuestro pensar de hombres libres nos ayudaran a sortear, sin dogmatismos, la encrucijada práctica entre la incertidumbre y la esperanza. Desconfiábamos de los partidos únicos y también de los hombres únicos.

REEXAMINAR ALGUNAS INSTITUCIONES NO DEMOLER LA DEMOCRACIA MISMA

Y cuando, en algún periodo excepcional, de mínima extensión en nuestra larga historia, esta vitalidad cívica comenzó a perturbarse y se temió la ruptura del equilibrio creado día a día por nuestros desacuerdos –pues eso es la democracia– pensamos que había llegado la hora de reexaminar algunas de nuestras instituciones. Eso: reexaminar algunas instituciones, no demoler la democracia misma como piensan algunos compatriotas, ni inventar ahora nosotros, de espaldas a la experiencia de las naciones en la Historia, una "nueva democracia".

El ideal democrático es un ideal sencillo y permanente: es la comunidad de hombres que, desiguales como personas, convierten sus desigualdades naturales en fuentes de dinamismo y, corrigiendo las desigualdades antinaturales, buscan un mínimo de concordia para vivir en común. Todo intento de innovación en esto es rechazo de la democracia misma. Mejor sería abandonar de una vez el venerado nombre y llamar al pan, pan y al vino, vino.

Es, desde luego, lo que debiera hacerse a propósito de este plebiscito de insólito espíritu y de desconcertante forma. Yo no creo que sea plebiscito en absoluto. Le falta ecuanimidad, el respeto al discernimiento ciudadano, la moralidad de tratar igualitariamente a los chilenos en sus divergencias frente a las materias consultadas. Con un simple "sí" –representado por una estrella sugerente– y un simple "no" –maliciosamente simbolizado por un círculo vacío– se intenta que el ciudadano comprometa inarmónicamente su voluntad con decenas de cosas diferentes. Cada una de ellas –si se representa la inteligencia de los chilenos– requeriría de un acto de discernimiento independiente. Al forzar este tipo de decisiones indiscriminadas, se comete un abuso. El plebiscito, destinado a dar nueva expansión a nuestra democracia, resulta, de este modo, un acto de opresión

ISSN 0718-9524

intelectual y moral de la ciudadanía. De aprobarse lo que el gobierno quiere, nacerá el orden aparente y compulsivo de unas instituciones sin base moral, por haber sido instauradas sin auténtico consentimiento ciudadano. Independientemente de sus flagrantes contradicciones, consagradas en el artículo del Proyecto, independientemente de sus aberraciones jurídicas, el nuevo orden político será, por falta de autenticidad del consenso originario, un verdadero desorden espiritual. Podrán saludarlo las autoridades y sus partidarios con alegría, porque así consolidan su poder e imponen sus doctrinas, incluso las económicas. Pero no será una alegría realmente nacional, no expresará la concordia mínima que la República necesita. El problema de la Nueva Constitución seguirá siendo la gran tarea histórica de los chilenos libres.

LA CONCIENCIA DE CONCURRIR A UN ACTO INVÁLIDO

Por eso, con la conciencia de concurrir a un acto inválido; no habiendo para nosotros otra salida, sólo nos cabe una actitud. Rechazando al mismo tiempo el plebiscito, por ser falso: el texto permanente, por ser antidemocrático y las disposiciones transitorias por consagrar por dieciséis años más la odiosidad del régimen autocrático, vamos a votar que NO. Y si este NO al acto y a sus contenidos triunfara y fuera reconocido, no hay temor alguno de volver al pasado. Nunca es ello históricamente posible. En el presente estamos y nuestro problema es el futuro. Y como hay un gobierno dispuesto a continuar de todas maneras con el control del país, a él pasa la responsabilidad. Ella, a partir de nuestro NO –como lo hemos definido– es una sola: ofrecer la posibilidad de un plebiscito auténtico, con todas las garantías de una comunidad política civilizada que busca las bases de un entendimiento mínimo dentro del buen sentido democrático.

Ese NO es lealmente reconocido, debiera por lo menos, advertir al gobierno de un error fundamental en su perspectiva: el problema actual no consiste en los políticos desplazados, sino en los estudiantes desplazados, el los profesionales desplazados, en las universidades desplazadas, en los obreros y empleados desplazados; en una palabra, en la ciudadanía desplazada. Nuestro NO quiere poner ese error de manifiesto.

Santiago, 27 de agosto de 1980.